

APUNTES ARQUEOLÓGICOS DE ÁLAVA

DISCURSO

ESCRITO

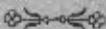
PARA LA SESIÓN INAUGURAL DEL ATENEO DE VITORIA

EN EL CURSO DE 1871 A 1872

POR

RICARDO BECERRO

Socio de número, Catedrático de Física y Química;
individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia;
Secretario de la Comisión de monumentos de Palencia y Vocal de la
Academia de Bellas Artes de Vitoria.



VITORIA

IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y LIBRERÍA DE LA VIUDA DE EGANÁ E HIJOS.

1871.

ATA
4798

APUNTES ARQUEOLÓGICOS DE ÁLAVA.



M-51801
F-51839

ATA
4798

APUNTES ARQUEOLÓGICOS DE ÁLAVA

DISCURSO

ESCRITO

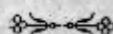
PARA LA SESIÓN INAUGURAL DEL ATENEO DE VITORIA

EN EL CURSO DE 1871 A 1872

POR

RICARDO BECERRO

Socio de número, Catedrático de Física y Química;
individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia;
Secretario de la Comisión de monumentos de Palencia y Vocal de la
Academia de Bellas Artes de Vitoria.



VITORIA

IMPRENTA LITOGRAFÍA Y LIBRERÍA DE LA VIUDA DE EGAÑA E HIJOS
1871.

SEÑORES:

El estudiar la historia en las bibliotecas y en los textos que poseemos no dá al entendimiento mas que la mitad de la luz con que deben mirarse para ser conocidos á conciencia los caracteres de los tiempos pasados. Entre las ruinas olvidadas, que al poeta y al pintor prestan inspiracion, puede el hombre estudiioso encontrar la enseñanza que en los libros y en las tradiciones falta.

La lectura de los volúmenes históricos, de las crónicas olvidadas de los apuntes desconocidos ilustra y enseña, al mismo tiempo que conduce al ánimo natural y expontáneamente á deducir filosóficas consecuencias que revistan de interesante colorido el árido recuerdo de los hechos, pero el estudio práctico de la historia, la contemplacion de los monumentos antiguos detiene la imaginacion concentrándola en los detalles que en cada objeto hallamos y hace deducir de su estudio, serio y detenido, no filosóficas elucubraciones sino enseñanza positiva.

Al través de las páginas de un libro se vé un mundo, que pasó ya, descrito tal cual el historiador estudiioso aprendió que hubo de ser; al con-

templar un monumento antiguo, un resto olvidado se vé, la edad pasada tal cual fué, viva al través de las generaciones, uniendo el estudio del presente con la realidad de lo pasado y brindando al observador extenso campo de deducciones histórico-artísticas de las cuales brota inmenso raudal de luz.

Amar al país en que nuestras madres nos enseñaron amor y estudiar su historia, que nos ofrece dilatado horizonte de estudio son tendencias, naturales que todos abrigamos en nuestros pechos; y como el estudio y el amor avarientos son hasta lo sumo, con amar lo presente y con estudiarlo no nos sentimos complacidos, porque ansía el espíritu amar mas, conociendo lo pasado de nuestro pueblo, y estudiar mas tambien, ya que hacia lo futuro solo pódemos tener el amor de la esperanza y ya que su estudio nos está vedado.

La historia del país deducida de la que los libros enseñan ha sido constante objeto de nuestra atención y de la de nuestros amigos, y en esta misma Cátedra del Ateneo vitoriano escuchasteis y aprendimos mas de una vez lo que los libros dicen de los pasados tiempos. Era necesario estudiar mas; era preciso dejar el libro é interrogar al muro iniesto, al ábside olvidado, al caido capitel, al sepulcro vacío, á la estatua mutilada; restos desconocidos, desparramados á la ventura, que debían ser otras tantas páginas elocuentes que, con mudo y expresivo lenguaje nos contaran cual era el ingenio de los alarifes, la habilidad de los artistas,

la tendencia de los pueblos, los conocimientos mecánicos de los constructores y que nos dijeron tambien como sentian *entonces* las gentes, que sueños dejaron grabados en las piedras, cómo crecieron, á que compás menguaron y murieron, cómo se irguieron despues resucitados y porqué metamorfosis sociales pasaron, para llegar hasta hoy, hasta el fugaz presente, que se hunde rápido en la historia del ayer, como se hundieron siglos y generaciones sin cuento y de las cuales *apenas* queda rastro ni señal.

Olvidado y pobre rincon este en el que nacimos, tenia modesta historia, pero su misma pobreza hizo que con mas cariño tomáramos lo poco que nos daba. Pobres debieran ser tambien los restos de lo pasado que aun quedan en pié, en sus campos en sus montes y en sus pueblos y modestos son á la verdad, pero no por eso menos dignos de estima para nosotros, que si fueran los túmulos de Carnac, las acrópolis de Tyrinthia, las maravillas de Ellora, el templo de Teseo, el Capitolio, el puente de Alcántara, el baptisterio de Constantino, San Marcos de Venecia, la Alhambra, las creaciones mongólicas de Delhi, la catedral de Strasburgó, el Vaticano ó nuestro palacio Real.

Perdonadme estas comparaciones; la historia de Alava se ha desarrollado al través de las centurias al mismo magestuoso compás con que se desarrolló las de las grandes naciones; nuestros héroes son casi desconocidos, modestas son nuestras glorias, sencillos é ignorados nuestros monumentos, pero,

para el que ha nacido aqui, para el que está enamorado de las tradiciones de la raza euskara que tiene su asiento en el centro del Pirineo Vascongado, en sus frondosas vertientes y en sus floridos llanos ¿es posible que no aparezcan grandes á sus ojos los dólmenes de Eguilaz, Escalmendi y Anda, los recuerdos de Beleia y Alva, las basilicas de Estívaliz y Armentia; las torres de Zaldiarán, Guevara y Ayala, los palacios de Salvatierra, de Vitoria y de la Rioja y los restos de tantas épocas conservados felizmente hasta hoy en cien aldeas y sitios distintos?

Paso á paso, uno tras otro y con el álbum debajo del brazo, hemos ido á aprender la historia práctica de nuestros restos arqueológicos en repetidos viajes ó mas bien miscrocópicas excursiones hechas al rededor del pueblo donde nacimos; aun falta sin embargo mucho que andar, aun hay necesidad de aprender mucho, muchísimo mas. La satisfaccion que estos estudios producen ha sido cumplida mas de una vez, al ver como, muchos amigos, hombres eminentes en el saber, acostumbrados al estudio y altamente conocidos en la república de las letras, se han extasiado contemplando, ya en la ciudad, ya en los pueblos, los sencillos modelos arquitectónicos de varios períodos que por feliz casualidad se conservan aun en pie.

La afición á los estudios del Arte, cuyo progresivo y admirable desarrollo ha surgido potente y dominador en las preclaras inteligencias que ilus-

tran con sus notables conocimientos las Cátedras y las Academias sábias de otras naciones, ha alcanzado tambien á nuestro país, tierra artística por excelencia donde, espontáneamente, en el seno del pueblo mismo, se ha mantenido siempre viva la aspiración estética, base única de las artes plásticas, de las artes nobles y de las artes inspiradas; y aquí tambien, no solo en las sesiones de las sociedades sábias y en el silencio de los gabinetes de estudio ha empezado á moverse la animacion artística, sino que felizmente, el entusiasmo se ha despertado en las ciudades modestas de las provincias, en las villas y hasta en algunas olvidadas aldeas donde, bastantes hombres, estudiosos animados con el noble ejemplo de los arqueólogos nacionales y extranjeros, comprendiendo que ante su espíritu se abre anchuroso campo de placeres literarios con el estudio de los hasta aqui olvidados restos arquitectónicos, han tomado el libro del arte en sus manos, han acudido al poderoso auxilio del dibujo, han consumido horas enteras en el trabajo de investigacion, y á las piedras mudas, á los claustros ruinosos, á los torreones rasgados por cien grietas, á las paredes viejas donde la hiedra está pegada como el moho á las armas olvidadas y donde las ortigas y oxiacantls flotan al viento como penachos prendidos en una cimera inservible, han sabido arrancar una historia desconocida, un capítulo del arte, una lección de estética secular.

Es nuestro siglo esencialmente positivista y es-

te mismo carácter hace que la región de la poesía valga más que lo que ha valido hasta aquí; la poesía deducida del monumento artístico no será el eco dulcísimo del laud que arroba á el alma con su melodía para perderse después, será el canto sonoro que invite al saber, será la voz que deleite y enseñe. Es preciso que el poeta que se siente inspirado en la nave solitaria de un templo secular no solo sepa cantar sino enseñar y por eso al aprender á sentir en las carreras literarias es hoy preciso aprender también á comprender.

Una ruina puede inspirar un poema ¡porqué no ha de inspirar también una lección de arte en la que el historiador aprenda, en la que el dibujante se eduque, en la que el industrial halle un modelo, y en la que hasta el modesto y pobre artesano encuentre algo nuevo que practicar! Nuestro siglo, nuestra aspiración estética de hoy tiende á hermanar en las producciones de la inteligencia lo bello con lo útil; ¡ojalá sea este el distintivo de las obras de nuestra generación!

Esta doble aspiración debe ser el lema de los trabajos arqueológicos y debe tender á realizarse, sin obstáculo alguno hasta en las mas modestas localidades. Luego veremos como.

Nuestra provincia de Alava, pequeñísima porción del territorio hispano, ha sufrido por su situación especial los efectos naturales de esas grandes marejadas en que la humanidad se ha agitado durante todos los siglos.

La gigante costilla del Pirineo tendida de mar

á mar, forma al norte de la península entre sus múltiples ondulaciones numerosos valles cuya extensión alcanza por un lado hasta las playas del mar y por el otro hasta las cuencas castellanas donde se deslizan magestuosos los grandes ríos; en uno de esos pliegues, entre las elevadas estribaciones de la sierra y siendo como dintel y falda natural de sus vertientes, está el llano de Alava encerrado, y como él otros cuatro ó seis valles distintos que le rodean. Todos ellos y la risueña rivera izquierda del Ebro en la Rioja forman el territorio de nuestra provincia. En el Pirineo vascongado, por ambos lados, en Francia y en España se encastilló, tomando sus ocultos vericuetos por guarida, una raza original, que identificada con este suelo ha conservado al través de cuarenta siglos casi todos los detalles de su primitivo carácter.

En las siguientes invasiones de nuevas razas ninguna alcanzó á subir con su dominación á lo escondido y elevado de ese pueblo, pero detuvieronse en sus faldas y en ellas lucharon pagando tributo siempre que vinieron á la indomable fierza de los euskaros. Alava en sus valles, en su tierra llana, ha sido, es y será natural palenque donde se han librado y se librarán las contiendas decisivas. Alava presenció la lucha del primer pueblo invaser, el celta á lo mas creible; Alava fué el castro romano de donde partieron los hijos de la ciudad inmortal que pelearon al pie del Hirnio; Alava recogió los restos de los fugitivos guer-

reros que venciera la invasion árabe; y hasta Alava ha sido en nuestros dias el campo natural donde un pueblo invadido diera el postre golpe de muerte á un pueblo invasor y con él al génio colosal que lo impulsara.

Ante la formidable barrera del Pirineo se extiende nuestro pueblo; es tierra de transicion de la montaña al llano, de la Iberia á la Celtiberia; de lo vascongado á lo castellano y por eso su historia aunque genuinamente vascongada en el fondo, tiene caracteres, huellas, gérmenes de transicion con la historia del resto de la peninsula. Por eso es, si bien modesto, importante nuestro papel histórico.

Veamos, al ir detallando los restos que conocemos, su desarollo al través de los siglos.

Los textos literarios de nuestra historia toman de los textos generales algunas lijeras apreciaciones acerca de lo que aqui tuvo lugar en la época de la invasion y dominacion de los romanos, dando alguna escasa luz de aquella época y trasladándose luego de un vuelo hasta los primeros tiempos de la reconquista. Nada hablan de lo que fuera nuestro pueblo en los primeros tiempos, y la verdad es que hablar de él era dificilísima empresa no conociendo la significacion e importancia de los tiempos llamados prehistóricos.

Es comun sentir de los historiadores y filósofos entusiastas de estos estudios que, allá en remotos dias cuya cuenta no se sabe, llegaron al Pirineo las razas de los primeros hombres despues de ha-

ber dejado parte de sus errantes familias en los extensos límites que desde el Cáucaso hasta aquí se extienden, invadiendo como extraordinario cauce desbordado el norte, el centro y el mediodía de Europa, pero fijando mas principalmente sus establecimientos en esta última parte.

Eran los Iberos, que marcaron las huellas de sus pasos en las orillas del Ponto, y en las de los ríos Tiras y Borystenes, en la Tracia, en la Liguria y la Aquitania y en lo que después fueron la Panonia y las Galias. Simultáneamente debieron atravesar el Pirineo por los extremos próximos al mar corriendose á lo largo de las costas y determinando en la península los primeros pueblos.

Hubo Iberos, para nosotros, *hombres primitivos, trogloditas* indudablemente, (1) en toda la extensión de las costas peninsulares y poco á poco conforme al compás de los años que pasaban crecían su civilización y su número, invadieron, siguiendo aguas arriba el curso de los grandes ríos, el interior del país. Dejaron estos aborígenes como ligero rastro de su existencia ó mejor dicho como testimonio de su cultura esos restos primitivos que encuentran hoy los arqueólogos entre los surcos de las tierras, en las cavernas, y en las excavaciones donde los siglos han acumulado capas y capas de tierra.

En estos mismos momentos, mientras Vitoria

(1) Trogloditas; habitantes de las cavernas; de *Trogle* (caverna) y *Dugo* (entrar.)

abre de nuevo las puertas de su ATENEO, están reunidos en Bolonia, los hombres mas eminentes de Europa, en conocimientos prehistóricos, continuando en su Congreso científico anual la difícil tarea de investigar lo que significan los hallazgos referentes á los primeros hombres, para deducir alguna enseñanza que nos aproxime á dar con su verdadero carácter histórico. Esas sábias conferencias celebradas en Neufchatel en 1866; en París en 1867; en Norwich en 1868 y en Copenhague en 1869 han sido el fundamento de los estudios prehistóricos.

¿Porqué no hemos de procurar descorrer el velo que cubre los primeros tiempos, los días que se remontan al origen del hombre? Y si esto fuera temerario en grado sumo, dado lo poco que aun se sabe en tal cuestión ¿porqué no hemos de investigar cuanto se pueda acerca de nuestros aborígenes históricos?

La ciencia no puede conformarse con las triviales antropogénesis que el Oriente y el Occidente idearon para explicar ese punto capital, indiferente hasta hoy para la humanidad entera; y en las investigaciones arqueológicas dejando á la paleontología, á la geología y á la historia natural que detallen la naturaleza orgánica é inorgánica que acompañó al hombre en su aparición, hay que olvidar por ahora, las teorías antropogenéticas para dar principio á los estudios en otras épocas mas cercanas, en las épocas en que los hombres veni-

dos de Oriente inundaron los territorios que hoy son las naciones de Europa.

Y abandonando tambien cuanto se refiera á esas naciones, para ocuparnos solo de la nuestra, las investigaciones deben empezar desde que el pueblo Ibero asentó su vecindad en las sinuosidades de nuestras montañas.

Difícil, sino imposible es señalar el siglo en que esto se verificó, y únicamente diremos que se conservan como evidentes memorias de su pasado tres incomparables restos: su lenguaje; su raza, y sus objetos, pertenecientes á lo que la ciencia llama *edad de piedra*.

No es la lengua vascongada la de los pueblos posteriores que ya en la época histórica, á contar desde los celtas, invadieron la península y cuyos signos y palabras se conocen; luego esa lengua es la de una raza anterior, á la que conformes todos los historiadores llaman Ibera. Ese monumento vivo de su primitiva civilizacion no tiene semejanza con ninguna otra lengua del mundo, por mas que los sabios de todas las épocas hayan querido hallar mas lejos ó mas cerca otra lengua que tenga con ella ciertas analogías.

Son los cráneos de la raza pura, distintos por su configuracion geométrica de todos los de los demás pueblos de Europa; y son los objetos de silice encontrados en distintas estaciones prehistóricas exactamente iguales á los que los arqueólogos han hallado y hallan en sus investigaciones prehistóricas. La raza y el lenguaje se conservan

puros, aislados, independientes, por un singular fenómeno de su historia, la cual nos enseña que al través de los siglos todos los pueblos se han confundido, se han adulterado en sus caracteres, y se diferencian por completo de lo que fueron, excepto el pueblo vascongado.

A él, pues, el pueblo Ibero que hasta nuestros días ha traído tan inestimables tesoros de su primitivo ser, corresponden los objetos prehistóricos que en nuestras montañas hay. En la estación prehistórica de San Bartolomé, en los montes de Vitoria y poco mas de una legua de esta ciudad se hallaron achas, cuchillos, puntas de flecha, martillos y otros objetos de silex, que indican que en aquel escondido valle hubo en los pasados tiempos viviendas de los primeros pobladores y si bien en ningun otro punto de Alava se han hallado restos de tan desconocidas centurias desde luego puede asegurarse que es porque no se han hecho investigaciones.

Ancho campo de descubrimientos ofrecen nuestras montañas en este asunto; aquí donde se asentó la raza aborigen, en los frondosos valles que circundan sus escarpadas montañas, en las mil y mil cuevas que hay abiertas en ellas los trabajos de exploracion están llamados á dar grandes resultados. Una detenida visita, hecha con toda conciencia científica, daria motivo á largos capítulos, á detenidos estudios que derramarían mucha luz sobre los apartados días que no tienen historia. El trabajo está por hacer, pero los entusiastas vas-

congados cuentan, como hemos dicho, con dos grandes elementos que los arqueólogos de otros pueblos no tienen: la raza y el lenguaje.

Cuando el pueblo euskaro ó Ibero vivía patriarcal y tranquilamente ocupando estas localidades é inundando con su crecimiento las regiones del interior, una nueva raza invasora, guerrera y potente se extendió por la Europa entera, dejando en casi toda ella, al mismo tiempo que su dominación, monumentales restos.

Unánimes los historiadores de todos los tiempos llaman á ese pueblo, el pueblo Celta, una de las derivaciones de la gran familia indo-germánica, que fijó su planta en las extensas llanuras que limitan el Tanais y el Ister, esa gente que, «sin hacer alto en ninguna parte no se detiene hasta encontrar un sitio agradable, del que por la fuerza se apodera» esa gente «que después de haber traspasado los montes Rifeos, llegó á las costas del Océano septentrional y se estableció en el extremo de Europa, y otros de la misma rama se establecieron entre los Pirineos y los Alpes, viviendo muchos años en la vecindad de los Señores y los Keltorios.» (1) Ellos dejaron como muestra de su poder monumentos megalíticos en la antigua Ger-

(1) «*Horum pars Oceani septentrionalis Riphæis superatis montibus oras inua sisce, atque ultima insidisse Europæ; pars inter Pyrinæos montes et Alpes sedibus positis juxta Senones et Celtorios diu habitavisse.*»

mania, en la Galia en la Hibernia, en Sarmatia, en Tracia, aquí en la Iberia y hasta en el Africa septentrional; monumentos conmemorativos, funerarios, sagrados; sencillos unos, formados por una sola piedra iniesta y llamados *menhirs*; reunidos varios de ellos en hileras; en círculos simétricos constituyendo de *Kromlechs*; en deformes piedras sostenidas en equilibrio unas sobre otras llamados menhirs oscilantes; en grandes tumbas prismáticas truncadas en cuya composición entran tres, cuatro y hasta siete piedras colosales formando los *dólmenes*, y en extensas galerías que aun se conservan en pie.

En el Morbian se ven sus famosas hileras de Carnac; Cornouailles conserva un dólmen gigante; en Stone-Henge, cerca de Salisbury, hay magníficos *trilitos*; Munster y Samur poseen grandes grutas funerarias, y para todos los arqueólogos es una maravilla el monumento Lochmariaker en el islote de Gavrinis. En nuestro país Andalucía ostenta los dólmenes de las Ascensiones, de Gorape, de Hoyon, de Dilar, del Toyo, de los Chaparros y otros varios; Asturias cuenta con algunos notables, y finalmente nosotros poseemos una preciosa fauna de ellos. En Eguilaz, á pocos kilómetros de la villa de Salvatierra, se encontró en 1831 un dólmen de cinco piedras cuya cubierta de una sola pieza tiene próximamente 4^m 60 de longitud, 2^m 30 de anchura, 0, 60 de grueso y cuya elevación total es de 2^m 70. En aquellas inmediaciones hay restos de otros sepulcros, y abrigamos la es-

peranza de encontrar en algunos puntos que hemos recorrido ya, varios dólmenes intactos que caracterizarán la serie de los del llano de Salvatierra.

En el de Vitoria, propiamente dicho, se conservan vestigios de tres; uno en Escalmendi, otro en Capelamendi y otro á un kilómetro de estos dos, que casi están juntos, en el asiento de una antigua ermita á la izquierda del camino viejo de Gamarra.

En el llano inmediato á éste, del cual nos separa la sierra de Badaya, conocido con el nombre de Cuartango y que el río Bayas riega, hemos tenido la inmensa satisfacción de descubrir y determinar otros tres dólmenes notables por su disposición. Sabíase de antiguo que, en esa escondida localidad y en el pequeño plano que dejan los montes de Guibijo, Badaya y Arcamo, había en medio de las tierras unas grandes piedras acomuladas, cubiertas con tierra y sobre las cuales crecían arbustos y plantas silvestres. Escitó nuestra curiosidad la noticia y acompañados del académico correspondiente de la Historia Sr. Manteli, visitamos en 25 de Agosto último aquellos lugares, cerciorándonos después de un detenido examen de que los monumentos megalíticos de Anda y Sendadiano eran de los que la ciencia prehistórica conoce con el nombre de dólmenes celtas.

Determinamos tres, cuando menos, porque la premura del tiempo, é ineludibles atenciones nos llamaban á otra parte; uno pequeño, descubierto

y vacío; otro colossal, corrida su cubería y relleno todo de tierra; otro descubierto y completamente enterrado, otro que no pudimos determinar bien y finalmente á un kilómetro de estos, que distan entre si, unos de otros, de cien á ciento cuarenta metros, un *montecillo* intacto que debe contener un sepulcro entero.

Son notables estos dólmenes: 1.^o por su número y colocacion; 2.^o por estar formados de siete piedras; 3.^o por tener la que mira á occidente una inclinacion mucho mas grande que las otras; 4.^o por ser de mármol negro. Medimos y cubicamos la cubierta del segundo, que aproximadamente pesa 500 arrobas.

El descubrimiento fué una nueva página abierta en la historia de nuestros tiempos primitivos. El pueblo celta, dejó marcadas sus etapas en nuestros llanos alaveses, etapas que indican la primera lucha, la primera invasion sufrida por la raza euskara. ¿Se hallarán mas dólmenes? Sí; se hallarán en los llanos que circundan al Pirineo navarro; se hallarán á lo largo de las faldas de la costilla Cantábrica, se hallarán mas, como los que se han hallado en Asturias, y la fauna portuguesa dará tambien nuevos ejemplares que enlacen esta verdadera galería monumental con las construcciones megalíticas de Andalucia.

El estudio apenas ha comenzado; está aun por hacer. Se hallarán las señales de ese segundo período prehistórico, como se hallarán tambien en el centro del Pirineo, y en sus vertientes hasta la orilla del

mar, objétes de la primera edad, vestigios de su vida y de su civilización en las grutas, restos hoy no apreciados de utensilios de los primeros pobladores abandonados entre las formaciones de nuestras costas, restos llamados *kjækkenmæddings*, como se han hallado en las costas de la Mancha, en las de Dinamarca, en las de Portugal y en las de Massachusetts, Georgia y Brasil.

Cuando se haga la investigación arqueológica de los restos que encierra nuestra provincia los dólmenes aun intactos darán, no solamente enseñanza en sus detalles materiales sino que en algunos de ellos habrá cráneos que estudiar, armas de piedra, bronce y cobre que recolectar y en todo ello mucho nuevo que aprender.

¿Los monumentos megalíticos desparramados en todas las localidades de Europa y cuyos nombres hemos indicado son todos celtas? De ningún modo; porque aunque se comprenden bajo esa denominación bastísima, hubo pueblos invasores, razas distintas casi de idéntica civilización que alzaron sus monumentos conmemorativos en aquellas épocas de las cuales el elemento celta ha dejado más memoria que ningún otro. Pero en lo que se refiere á nuestra patria, ellos fueron y no otros los que, aquí en las faldas de las montañas donde vivía el pueblo ibero, que no dejó en ellas semejantes señales, ellos fueron, los que durante la lucha y antes de la formación de la nacionalidad celtíbera, alzaron los dólmenes que hoy encontramos.

El pueblo ibero que llamó con nombres vascon-

gados á todos los lugares y á todos los términos que se extienden desde el Ebro hasta el mar, debió volver á quedar en posesion de todo el Pirineo hasta las vertientes meridionales de Toloño cuando la raza celtibera se extendió y pobló las grandes cuencas del Ebro y del Duero.

Ninguna de las civilizaciones posteriores hasta la romana, dejó vestigio de su existencia aquí, y no hay razon alguna para suponer que hasta aqui llegaran ni con su dominacion ni con su influjo.

No puede decirse lo mismo de aquella época grandiosa en la que la antigua Roma impuso su universal poderío á todas las regiones que circundaban al mar Mediterráneo. Aquí donde las salvajes é indomables águilas de Amboto y del Hirnio lanzaron por tantas centurias su vuelo, aquí vieron llegar un dia las orgullosas águilas de Roma que venian á traer hasta Iruña y Toloño los despojos de sus conquistas pendientes de sus sangurientos picos. Cayó Numancia y cayeron con ellas las ciudades del Norte; las victoriosas legiones que redujeron á los arevacos y á los vaceos extendieron su magnifica red de caminos al través del país de los autrigones, de los verones, de los caristios y de los vándulos, es decir por Burgos, por Santander, por la Rioja, por el centro de Alava y por los límites meridionales de Guipúzcoa y de Vizcaya, hasta las faldas del Pirineo mismo.

Aquí estuvieron sobre la vía romana que atravesaba la provincia de S. á N. E. sobre el camino de España á las Galias (*de Hispania in Aquitaniām*

—*Ab Asturica Burdigalam*), Deobriga, Beleia, Suissatio, Tullonio y Alba, que corresponden segun el itinerario de Antonino Augusto, á Salcedo, Iruña, Armentia, Alegria y Alveniz en nuestra provincia.

Lucharon los romanos contra los euskaros como habian luchado los celtas y fueron los llanos alaveses donde asentaron sus castros guerreros, de modo que si Eguilaz, Salvatierra, Escalmendi, Anda y Sendadiano marcan la época guerrera de los celtas, esos nombres que acabamos de indicar designan la época de la lucha romana. ¿Qué queda hoy de su poderio?

El nombre ó poco mas.

Hay que hacer excavaciones en Salcedo; hay que trabajar del mismo modo en Iruña (Beleia) para recojer mas monedas que las que ya existen guardadas, mas estátuas que las dos ya encontradas y de las cuales una, felizmente conservada, es el mutilado conjunto de una matrona romana de la mejor época de las artes imperiales. Vestigios del camino quedan muy pocos; lápidas aun pudieran recojese algunas, girando una detenida visita á las aldeas de la zona militar, pero monumentos de consideracion, edificios alzados, no tenemos ninguno. Sin embargo el Museo histórico alavés tendría su sección romana muy bien representada, relativamente á lo que la provincia significa.

En vano es querer hallar vestigio alguno de ese período oscuro para la historia de nuestro país, en el que eclipsado el poder de Roma sufrió la Euro-

pa meridional las terribles sacudidas que determinaron su ruina y que abrieron el camino de estos pueblos á las hordas septentrionales.

Al fausto de las antiguas construcciones sucedió la pobreza de las catacumbas y de las primeras iglesias cristianas, como al descompuesto torbellino social de los siglos del imperio sucedieron las severas prácticas de la doctrina de Jesús. Roma que adornó su metrópoli con las grandiosas creaciones que aun se llaman el Foro, el Panteón, el arco de Tito, el Capitolio, las termas de Céacalla, la columna de Trajano y el teatro de Marcello; Roma que dejó su glorioso sello impreso en Alcántara, en Segovia, en Tarragona, en Nimes, en Arles, en Benevento y en Oranje, vió á contar desde mediados del siglo II alzarse construcciones tan modestas como las basílicas de San Pablo *extramuros*, la de Santa Inés y la de San Clemente; vió surgir con la doctrina nueva aquellos templos, aquel estilo latino sin adornos, sin ostentación y en cuyos capiteles aun campeaba el genio de la inspiración pagana.

No busquemos en Alava nada de este período; estaba nuestro pobre rincón muy lejos del movimiento del mundo para que aquí imprimieran sus huellas las artes latinas.

Bizancio, la nueva Constantinopla, era poco después la ciudad capital de la inteligencia; allí se había trasladado con todo su último explendor el mundo de los romanos, cuando los hombres del norte trajeron con su individualismo y con sus

nuevas costumbres la mision de que la ciudad de los Césares perdiera su influencia universal.

El arte romano llegó á Bizancio degenerado ya, y los artífices bizantinos completaron, lo que al arte faltaba con el legado de los pueblos orientales. Bizancio unió en su idea estética dos cosas heterogéneas que debieran producir un resultado monstruoso. Sin perder la severidad del clasicismo antiguo se engolfaron en las caprichosas formas con que la civilizacion oriental les brindaba y aquel arte que duró desde el siglo VI hasta el undécimo, confundiéndose en occidente con el latino, dejó en Constantinopla Santa Sofía, en Perigueux San Front, en Venecia San Marcos, en Rávena San Vital, en Angulema y Atenas las catedrales. De ese arte que, bajo los Constantinos, Justinianos y Teodosios, emprendieran Antemius de Tralles é Isidoro de Mileto; de ese arte que doró sus murros y sus cúpulas, alzadas sobre grandiosas pechinas decoradas, que llenó los suelos de ricos mosaicos, que conservó en sus molduras y en sus raros capiteles los graciosos acantos y los adornos romanos, que alzó sus arcos de medio punto unos, peraltados otros y de herradura algunos, sobre chatas columnas de mármoles y bajo incompletos cornisamientos; de ese arte tan manoseado y tan poco visto, tampoco hay que encontrar nada en las construcciones alavesas, ya que solo en el centro de Castilla, en muy contadas localidades, dejaron los reyes visigodos pasajeras pruebas de la influencia bizantina.

Difícil sino imposible será tambien determinar en Alava construcción alguna de los primeros cristianos vascongados, de los que á contar desde los siglos VII y siguientes debieron alzar aquí templos del carácter latino-bizantino, como los que en los siglos IX y X se alzaron en la zona astúrica, en San Miguel de Linio, en Oviedo, en Villaviciosa y en Sarriego.

Al recorrer los pueblos de Alava, aldeas y villas de pobre vecindario las más y en las que con recientes y descuidadas reparaciones se conservan los templos antiguos, se nota la singular circunstancia de que casi todos ellos pertenecen á una misma época, en la que sin duda exaltada de un modo extraordinario la piedad cristiana, los alaveses alzaron construcciones religiosas doquier hubiera un vecindario por reducido que fuese. Esos templos, llamados bizantinos por los aficionados que desconocen la historia y desarrollo del arte, pregonan la preponderancia religiosa que hubo en el país en los siglos XI y XII especialmente y demuestran la gran afinidad que existia entre la marcha de los conocimientos aquí y en la porción conquistada de Castilla.

Así como la zona astúrica es un capítulo del arte latino-bizantino, en las cuencas del Ebro y del Duero está marcado el imperio del gusto *románico*, que dejó en todos sus templos marcado el sello de esos siglos. Era, efectivamente, en los últimos años, acaso en el último año del siglo X cuando aproximándose la temida fecha del año

1.000, época señalada por la supersticion para el fin del mundo, se levantaron miles de templos en todos los ámbitos de la Europa cristiana. Fué la época de los templos, y de los templos atrevidos, en los que á los antiguos techos planos de las basilicas, á las estrechas bóvedas, y á los angostos arcos de los intercolumnios iban á sustituir las naves centrales de gran diámetro, las naves laterales abovedadas tambien, y los domos alzados sobre arrogantes pechinias que sostuvieran airoso arcos apuntados. No era un arte original el que nacia, era una forma nueva derivada del bizantino, pero más ruda y más elegante, más caprichosa y más mística, más cristiana y menos oriental; no tomó de Bizancio mas que la infinidad de la escuela, se practicó por los pueblos latinos y se llamó románica.

Agrupó y acortó más las columnas que las del arte bizantino, hizo huir las hojas clásicas de los capiteles sustituyéndolas, por escenas toscamente labradas de cien asuntos profanos y religiosos, por luchas de animales y por estrambóticas alegorías, por grupos caprichosos de hojas, flores y frutos y por conjunto de hilos tegidos y entrelazados; los fustes de las columnas se decoraron con simétricas formas festoneadas, estrelladas llenas de una riquísima ornamentación; las hojas de agua los cardos y los acantos de todas clases se combinaron en las jambas y archivoltas con las rudas representaciones de los santos; la imposta ajedrezada circundó sus naves y sus muros, subió al re-

dedor de las abultadas y multiples archivoltas de sus estrechas ventanas y cortó las bandas lombardas ó sostenes que ostentaron sus graciosos ábsides.

Los arcos de medio punto, que descansaban en los historiados capiteles de sus columnas empotrad as, eran los últimos que debian emplearse en aquellos siglos en que ya nació la ojiva. Sus cornisas, sin arquitrave ni friso, como legadas por el gusto latino, eran un simple chaflan apoyado en una fila inferior de numerosos canecillos, en cada uno de los cuales se veia esculpida una figura rara, y algunas veces incomprendible, y las más veces oscena. En sus arcos de triunfo debajo de aquellos domos cuyos arcos arrancaban sobre las cabezas de los cuatro evangelistas simbolizados, se leia, decorando las dovelas, alguna inscripción bíblica en caracteres unciales.

Sus fachadas laterales tenian entre las representaciones predilectas del culto, el grupo de la Anunciacion, el *Ave-Maria* á un lado y Santiago, el gran santo de aquellos siglos, en el otro. No habia imafrontis sin el apostolado, ya en sencillas basas erguido, ya cubierto por caprichosos doseletes, siempre con sus limbos en la cabeza y siempre presididos por la figura solemne del Dios Padre ó del Hijo Salvador.

La cruz latina de estos templos estaba comúnmente rematada por tres ábsides, otras veces por uno, en algunas, muy raras por dos.

¡Cuántas veces hemos contemplado esas formas artísticas en las pobres aldeas de Alava!

Así, con esos caracteres hemos visto, los restos de los templos románicos de Armentia y de Estibaliz.

De esos días apartados de la historia, de los que las crónicas y las tradiciones dicen tampoco, de esa civilización huida que presenció los hechos más grandes de la reconquista, de ese tiempo en que tomaron cuerpo las cofradías y los concejos, de esas memorias olvidadas parece que llegan hasta nosotros con sus caracteres todos los detalles, al estudiar la significación de estos monumentos y al repasar una por una todas sus formas artísticas. Hay que prescindir de lo que los siglos y la ignorancia han hecho después, hay que borrar la cal que embarduna los adornos y el conjunto, hay que dar por no existente cuanto se ha añadido cuanto rodea al edificio; hay que restaurar con la imaginación cuanto le falta y hay por fin que olvidar el mundo actual y cruzar al través de las generaciones para encontrar la que aun tiempo fué patriarcal y guerrera; supersticiosa y atrevida; ruda y artística; pobre y titánica á la vez.

¡Ah, muchas tardes, cuando en las pacíficas aldeas de Alava, la generación actual vuelve tranquila de los campos que cultiva, para encontrar en el hogar su reposo, para buscar en el amor una delicia, para repetir esa vida todos los días, mientras en el florido llano lanzan su estridente silvido las locomotoras, y ostenta la ciudad reina de la provincia su creciente civilización, mientras las

gentes se agitan en busca de la pasajera satisfacción del presente, marchando inconscientes con rápido correr hacia el porvenir oscuro, mientras dejan olvidado entre olvidadas memorias el recuerdo del ayer, muchas tardes, impulsados tal vez por una monomania, por una afición de niños, ¡cuantas veces, hemos ido á descubrir un mundo que huyó, dejando todo un poema de piedra en el casi arruinado monumento! No hemos visto en los valles que riega el Rhin las maravillas románicas de Spira, ni de San Esteban; ni hemosorado en las magníficas naves de las catedrales de Puy; de Mans y de Poitiers, no hemos visto la basílica abacial de Cluny, ni la catedral salmantina, ni la de Santiago; apenas nos hemos parado un momento en las preciosas construcciones de esa época que abundan en estos campos castellanos donde escribimos, pero; ¡que importa! Alava guarda sus pobres basílicas y con ellas el tesoro artístico de aquellas lejanas centurias y en sus naves hemos visto clara y viva la civilización de los años en que aun Vitoria no existía, y en que los monarcas navarros y castellanos no imperaban en su llano, ni sostenían en él sangrientas lides.

Toda la fisonomía de aquella edad genuinamente cristiana aparece ante los ojos del que sube á la eminencia de Estibaliz y se sienta en los rotos sillares que hay en torno de su fachada. Ya están medio envueltas en las nieblas del anochecer los límites del horizonte navarro, por donde asomará para lanzarse sobre los pueblos del confín, un des-

cediente de los Aristas y Abarcas; Guevara no tiene aun ni señorío, ni alcalzar ni torre almenada; en una elevacion que se alza paralelamente á Estibaliz, en Gazteiz, lo mismo que en llano, todo está tranquilo, solo allá al pie de la afilada arista de Gomecha, se oye el rumor de un pueblo numeroso, y hasta la basílica en que estamos llega en alas del viento del Sur el toque del Ave-Maria de las campanas de Armentia, de la iglesia episcopal á la que hace rivalidad en su explendor y maravilla la que el observador contempla.

Los monjes han entonado los últimos cantos de la tarde, mientras el postrer rayo del sol, enviado desde las cumbres de Badaya, inunda de una tibia luz el silencioso crucero latino del templo. Velado entre las sombras está ya el ábside donde sentada en su silla de entremos dorados se vé á la Virgen, que viste roja túnica, con rico broche en el cuello; la luz apenas llega á los historiados capiteles donde está esculpida la memoria de Adam y de su pecado. Entre las sombras tambien, en el ábside de la izquierda se distingue el bulto informe de una pila bautismal, decorada con grandes rostros de ángeles, que alternan con los leones, los grifos y los monstruos. En el ábside de la derecha, frente al estrecho torreon del campanario una pobre lámpara cuyo mechero encendido oscila para exhalar fantasticas y movibles sombras que se contraen y se extienden en torno del altar de San Millan; en los cláustros no hay nadie, los monjes se han recogido en oracion. Alto y aislado, dominando los



bosques de Oreitia, del Burgo, y de Villafranca, está el Santuario, pero por debajo de las seculares encinas y robles, entre las espinas y las zarzas floridas hay muchas sendas abiertas por donde todos los alaveses del llano, guerreros, campesinos y pastores, clérigos y fijo-dalgos, subirán mañana con la nueva aurora para orar al pie del altar románico, para hacer el voto ántes de partir á la conquista de las tierras que baña el Tajo, para saber morir en Calatañazor ó para reunirse en el campo de Arriaga y celebrar el consejo ó asamblea de toda la Cofradía.

En torno del templo hay mas edificios, allí impera un señor semi-feudal que cumple con la ley á que esta sujeta la Europa entera, la ley de los señores y los vasallos.

En Armentia, en la segura guarida de los cristianos, tambien se alza una magnifica construcción románica cuyos primeros poseedores fueron los obispos de la refugiada sede alavesa. Hay mas lujo que en Estibaliz, mas esplendor, y mas riqueza; el imafrontis está decorado con una puerta admirable; sus columnas son místicas figuras cuyas cabezas se apoyan en los Capiteles de donde arrancan los arcos apuntados. Sobre ella se alzan Jesús y el Apostolado.

En el interior la nave es de medio punto, el domo descansa en cuatro pechinas que ostentan el símbolo evangélico y lo mismo que en Estibaliz los capiteles todos tienen figuras de hombres y

animales unos, y grandes grupos de flores y hojas los otros.

Los canecillos que sostienen la sencilla cornisa exterior muestran cien raros caprichos que ignorados escultores, monjes tal vez, esculpieron inspirados por el entusiasmo religioso de aquellos días.

La basílica de Armentia se olvidó al través de los siglos; verdaderos libros donde el pueblo leía sus supersticiones religiosas Vitoria absorbió todo el poderío de su glesia, y de sus ruinas y de su olvido ha salido regularmente librada después de algunas horribles restauraciones posteriores. Esas construcciones de los siglos XI, XII y XIII, porque hasta está época se prolongaron las obras románicas en el país, abundan en la mayor parte de las aldeas de Alava. El aficionado puede visitar cuantas quiera, la mayor parte de ellas ya del periodo de transición, pobres y olvidadas, pero en las cuales campea el sello de aquellos lejanos días. Las restauraciones, son por muchos conceptos difíciles y lo que procede en estos estudios es formar para el Museo histórico, una galería clasificada de fotografías en la que estén no solo los edificios en conjunto sino también todos los detalles.

El movimiento cristiano de los tres últimos siglos de la edad media llenó con su poder toda la Europa de maravillas. Jamás el arte ha respondido mejor que entonces á las aspiraciones del alma. Nació con las últimas basilicas románicas la ojiva,

idearon los alarifes cristianos un pensamiento colossal, resolviendo en sus construcciones grandes problemas estáticos y vino ese arte, llamado durante tanto tiempo gótico, que, todo equilibrio y estabilidad, todo belleza y atrevimiento tiene su fundamento en encontrar fuerzas aisladoras que armonicen con las fuerzas compresoras, y auna las fuerzas oblicuas en resultantes verticales, de modo que toda una masa asombrosa de arcos y galerias, de bóvedas y naves descance en esbeltos y débiles pilares. La ojiva se alzó hacia el cielo buscando á Dios, y las naves ojivales se inundaron de luz teñida de cien distintos colores como los de los vidrios que decoraban sus magnificas ventanas.

Nunca la poesía y el arte se hermanaron como entonces, nunca se supo legar á los siglos venideros una realizacion estética que con sus formas de piedra arrancase al pecho exclamaciones de asombro. Nunca se hermanaron las formas materiales con las desconocidas aspiraciones del espíritu, de tal modo que produjeran ese deleite místico que hallamos en las contemplaciones religiosas.

Búrgos, Leon, Toledo, Strasburgo, Chartres, Reims, Paris y cien otras ciudades de Europa presentan magníficos tipos del arte ojival en sus tres períodos.

En Alava el entusiasmo cristiano respondió al que en el resto de la España bullia. Su villa mas potente, Vitoria, que había salido de la nada en los últimos años del duodécimo siglo para ser una gran ciudad doscientos años despues, alzó en torno

de su extraño vecindario nada menos que cuatro templos ojivales; Salvatierra y Laguardia dos cada una y las demás villas populosas uno al menos. Aquellos bosques de los Teutones cuyas ramas se entrelazaban formando bóvedas y en los cuales rendian culto á sus divinidades; aquellas galerías que las gentiles palmeras formaban en las cercanías de Jerusalen y Tolemaida donde los cruzados estendieron sus tiendas, todo eso vió la imaginación fantástica en las nuevas construcciones. Los ilustres arquitectos Roberto de Lucharses, Roberto de Coucy, Erwin de Steinbach, Arnaldo de Lapo y Viihelnn que dejaron sus obras maravillosas en Francia, en Alemania y en Italia tuvieron en España dignos émulos. Al amparo de los monarcas castellanos alzó Vitoria sus monumentos ojivales y es precisamente hacia mediados del siglo XIV cuando el arte empieza á manifestarse en nuestra ciudad.

No hay ninguna construcción anterior.

Sus iglesias magníficas, sus conventos ojivales brotaron como por encanto en el corto período de un siglo.

No está en el plan de estos apuntes lijeros, que solamente son un programa para estudios posteriores, comprendida la idea de describir monumento alguno, porque de hacerlo, un libro voluminoso no bastara á contener los detalles de todos los restos arqueológicos del país.

La Iglesia de Santa María, hoy Catedral, con su

delicada estructura interior (1) con su admirable pórtico; la de San Pedro con su esbelto abside; la de San Miguel con sus cien reparaciones y cambios, la de San Vicente con su simple rudeza; la magnífica nave de Santo Domingo, el esbelto conjunto de San Francisco con sus agujas escalonadas, que aun asoman arrogantes en el abside por entre las modernas construcciones que las quieren ocultar; Santa María en Laguardia y Savatierra; San Juan en ambas villas y otros tantos templos grandes y pequeños, fastuosos ó humildes con que contamos, son curiosos tipos de las construcciones ojivales en cuyo conjunto y en cuyas formas hay no poco que estudiar y muchas aplicaciones artísticas que deducir.

Al compás con que Vitoria se desarrolló en sus templos se desarrolló también en sus construcciones civiles.

Eran los últimos años de la décima quinta centuria cuando la ciudad llegó á su mayor apogeo; Armentia le había dado su Iglesia y su importancia, Alegría y otras muchas villas, su vecindario y el país entero su nobleza y sus grandes familias, que dejaron grabados sus aristocráticos blasones en las grandes fachadas del Campillo, de la Cuchillería y de la Zapatería principalmente. Aun, al través del tiempo se conservan algunos edificios. Los entusiastas se detienen en la Cuchillería á

(1) Publicamos por primera vez su descripción hace diez años en los periódicos vascongados.

contemplar la casa, que se llama del Cardenal Adriano, donde recibió su noticia de haber sido nombrado Pontífice, cuyas grandes ojivas contienen en medio el característico postigo con el *Ave-Maria* sobre la clave y el signo lapidario del alfarife en el sillar central. Aun se vé la ojiva de los últimos tiempos en la magnifica fachada de la casa de los marqueses de Avendaño, tambien en la misma calle y el resto de cuyas labores en el interior pertenece al periodo artístico siguiente.

Habia necesidad entonces de cobijarse dentro de los muros y así como hoy la ciudad se esparce en el extenso llano alzando sus admirables calles, sus paseos incomparables y sus quintas en toda la parte meridional, entonces se derruian las primitivas formaciones de la época de Alfonso VIII para dar asiento á las viviendas que los ricos y las familias distinguidas tuvieron precision de alzar.

Del periodo ojival guardan tambien las aldeas curiosos recuerdos; es preciso recorrerlas para estudiar en ellas no solo los templos, donde el espíritu ha realizado la mayor parte de sus aspiraciones, sino las casas solariegas, *los palacios* y sobre todas las casas fuertes y los castillos. La arquitectura militar se distingue aun mas esencialmente de zona en zona que lo que se distingue la arquitectura religiosa. Los templos de los llanos de Castilla son hermanos de los nuestros en las formas; las fortalezas son completamente distintas.

Mas de una vez, al recorrer á caballo esos lugares de los que nadie se acuerda, donde se alzan

aun torres almenadas cubiertas de hermosas yedras cuyo color jamás decae, hemos pensado con una especie de tristeza inesplicable que el país, no ha sabido, no sabe aprovechar los elementos históricos que tiene para formar un verdadero álbum de los tiempos pasados donde se vean como en un espejo los caracteres de lo que ya no conocemos y de lo que ha sido raiz y asiento de nuestra existencia política y social.

Se quiere investigar el modo de ser de la época señorial y no se interroga al palacio tres veces coronado de torres, donde antes dormitaban los ballesteros que robaban el fruto de los graneros y donde hoy reposan durante el dia los buhos que turban la soledad y el quietismo de los valles con sus ásperos chillidos nocturnos. Se quiere buscar á la generacion olvidada rebuscando para ello los infólios y no se va á la casa solariega, ni al coto murado donde las armas, los escudos, las escalinatas, las rejas, las cocinas patriarcales, los escáños apolillados y los artesonados llenos de humo están deseando referirnos lo que vieron.

Hay un campo arqueológico apenas explorado, mas interesante si cabe que el de las construcciones religiosas y que para la historia de las costumbres de nuestros antepasados, si se conociera ó se estudiara bien, seria el único capaz de hacernos comprender los progresos de la vida social. Los cambios y las modificaciones que al través de los tiempos han ofrecido las construcciones *civiles*, que son, á las que nos referimos, han obedecido siempre á

un principio de conveniencia ó de necesidad, indican pues, los progresos de la civilización, del comercio y de la industria durante las épocas pasadas y su estudio tiene grandes atractivos para el arqueólogo.

El catálogo, el estudio y la descripción de los palacios antiguos, de los hospitales, de los puentes, de las plazas, de las casas de concejo y de la edificación civil está aun por hacer, ningún aficionado se ha ocupado entre nosotros de esto.

La arqueología civil tiene para su clasificación la misma base que la religiosa, porque sus caracteres guardan casi perfecto paralelismo, pues aunque la forma general y la distribución en las construcciones difiere por completo de las de las iglesias, como estos edificios se hicieron ó se sujetaron á las mismas variaciones que los estilos religiosos en cuanto al gusto de la decoración, de la albañilería, de las puertas, ventanas etc., será fácil clasificarlos por medio de estos caracteres siempre que en los restos existentes haya algunas porciones regularmente conservadas.

Idénticos pensamientos se nos ocurren en la arqueología, que pudiera llamarse, militar.

Los castillos ya sean obra de una ó de muchas generaciones presentan generalmente variada mezcla de construcciones, y la mayor parte de ellos, sino han sido arrasados ó desmantelados, ofrecen aberturas, aditamentos y mutilaciones en el interior, y están además desnaturalizados por completo, por recientes y raras distribuciones interiores.

Hay castillos abandonados que deben la rara casualidad de permanecer intactos á el haber sido erigidos en sitios despoblados é inhabilitables, en escarpadas cimas, en ásperos vericuetos, que sus poseedores antiguos abandonaron en cuanto las condiciones sociales les permitieron vivir más cómodamente en medio de los pueblos.

En los castillos rara vez se encuentran adornos y esculturas que puedan servir para indicarnos la época de su fundacion; hay que atender en ellos á otras formas.

Los castillos levantados desde los primeros años de la reconquista hasta el siglo VIII ostentan por lo general aquella torre central cuadrada, que legaron los pretores del imperio romano; en el siglo siguiente cuando la ojiva se impuso en sus arcos y en sus bóvedas los torreones fueron cilindricos; y más adelante, hasta que los castillos dejaron de tener objeto, volvieron las antiguas formas combinadas con el resto de la edificacion en mezcla de torreones cilindricos y cuadrados.

La clasificacion se hace por siglos, y en nuestro pais podia empezarse por el *Castrum* de Iruña, y saltar luego hasta la época de la duodécima centuria, ya que de la época romana no hay vestigios de castillos, ni siquiera de los *burgi* ó castillos pequeños, segun la expresion de Vegecio: *Castellum parvum quod burgum vocant (De re militari, lib. IV.)*

Hoy que la fotografía sabe robar á los objetos su forma, matemáticamente trazada y reducida, hoy es preciso tomar notas fotográficas de todo lo

antiguo para estudiarlo y además para que el tiempo, al cumplir con la ley eterna de crear y destruir, no nos robe para siempre al hacinar ruinas sobre ruinas, esos recuerdos que el arte de nuestros antepasados trazó mientras vivieron.

En pos de los siglos del explendor de la fé y de la imaginacion, del arte y de la poesia vino una época de sosiego ó mejor dicho de cansancio intelectual.

Cuando el espíritu no supo crear volvió los ojos á lo pasado y pidió inspiracion, casi limosna á las artes clásicas de los romanos y de los griegos. La transicion del arte caprichoso, poético y florido al arte severo resucitado, no podia ser repentina, hubo un periodo indefinido, extraordinario, fugaz que se llamó del *renacimiento*, que por sus formas especiales se llamó plateresco y que en nuestra patria está unido al nombre y al recuerdo de Carlos V.

Alcanzó á Vitoria en su mejor época.

Acababa de alzar Ayala conde Salvatierra su nueva casa monumental en el punto mas notable de Vitoria, al lado de la Iglesia de San Vicente y dominando á la Plaza del machete, cuando apenas terminadas de esculpir sus armas, vino la piqueta á borrarlas.

Aun tiempo alzaba el inquieto conde sus mesnadas contra la regencia, ayudado de Gonzalo de Baraona y talaba las villas y aldeas de Alava, cuando la aristocracia vitoriana labraba sus mejores viviendas en la Ciudad. De ese famoso pe-

riodo histórico son sus actuales restos, casualmente conservados, para dicha del arte alavés, si así puede llamarse, y para satisfaccion de los amantes de estos estudios.

Recórranse la casa de los Alavas y de los Legardas en la Zapatería; el palacio de Monte-hermoso, el actual Seminario y Villasuso en el Campillo; la casa de Avendaño y la señalada con el número 7 en la Cuchillería; la primera de la Correccería con sus preciosas ventanas mutiladas; la que lleva el número 104 en la Pintorería; la fachada del Convento de Santa Cruz; y la entrada de la actual panadería de la ciudad inmediata á la Catedral; recórranse en sus templos muchas capillas y altares, muchos enterramientos y se comprenderá el movimiento artístico que hubo en la Ciudad en pleno siglo XVI, que revela indudablemente una gran animacion social.

Aqui vendria perfectamente el catálogo de idénticas construcciones conservadas en las demás poblaciones del país; cuyo trabajo aun á medio hacer no ha podido terminarse porque las exigencias de nuestro deber nos tiene alejados de él.

Llegó poco tiempo despues el renacimiento verdadero; el arte que restauraran Bramante y Miguel Angel y que fué en nuestra patria una maravilla en manos de Herrera. Algun palacio poco importante y la fachadita del Convento de San Antonio conservamos como edificios notables; pero tanto de esta época como de la siguiente, en que el gusto de Borromino imperó, se hicieron

casi todos los altares colosales de nuestros templos. Nada hay del severo clasicismo de los primeros Borbones, pero aparece vigoroso y potente este gusto en sus últimos tiempos cuando el arquitecto Olaguibel trazó y levantó la Plaza Nueva, los Arquillos; las grandes manzanas de casas de su época y la fachada del Convento de las Brígidas. Ya bien entrado nuestro siglo se hizo el Teatro, bajo la inspiración de Silvestre Pérez, y cuando se aproximaba á su mitad se construyó el palacio de la Diputacion.

La segunda mitad de nuestra centuria ha abandonado el purismo clásico y no sintiéndose potente para inventar nada nuevo, ha entrado en un período de verdadero eclecticismo. Hoy surgen en nuestros pueblos construcciones en las que sobre una planta caprichosa se alzan muros que contienen recuerdos románicos, y en estrecho y raro maridaje mezclados, capiteles bizantinos, arcos ojivales, agimeces árabes, impostas ajedrezadas, cúpulas poligonales, áticos griegos y todo lo que pareciendo bello puede formar un mosaico de bellezas que en conjunto no tiene ninguna. Hay completa libertad estética, á pocos pasos de ese abigarrado museo de las épocas medias, aparece una construcción de severas formas romanas, columnas proporcionadas, capiteles corintios, relación exacta entre las partes y el todo, y de repente coronando esa aparente severidad se ven galerías de raros pilares, molduras borromínescas, adornos prendidos, cornisamientos sobrecargados de orna-

mentacion, mensulas disformes y hasta cariatides, ninfas empotradas, jarrones agujas y caprichos que nada son de lo que el arte ha acostumbrado á hacer.

Esta escuela transitoria, verdadero gusto plateresco del siglo XIX pasará pronto como pasarán sus revoluciones y sus tendencias para dar lugar á un órden de ideas y de creaciones cuyo sello desconocemos.

Qué jno ha de surgir alguna nueva escuela de en medio de esas aspiraciones y de este afecto hacia el arte que se ha despertado hoy entre los hombres estudiosos!

Confiemos en el porvenir y mientras tanto pidamos á las artes plásticas de todas las épocas el inapreciable tesoro de su enseñanza para estudiar en la belleza de todos los siglos la norma que debe servir á las obras del nuestro.

Seamos si, eclécticos en nuestras aspiraciones estéticas porque sabido es que no satisfacen al espíritu sino las excelencias de todo lo bueno que encontrémos. La poesía hallará abundante motivo para inspirarse en los caracteres generales de lo pasado tomándolo tal cual está para compararlo con lo que hoy ideamos; las artes en cambio tomarán los detalles tales cuales debieron ser para aplicarlos á todo lo que hoy se haga.

Los poetas, ellos sabrán buscar en sus soledades ese *quid divinum* que les eleva á regiones desconocidas para cantar lo sublime. Los artistas tienen necesidad de que estos estudios tomen carácter y formen escuela. Alava, su Ateneo, su celosa Di-

putacion deben pensar en asentar los fundamentos de un *Museo*, como el que proyectó y empezó á formar la *Real Sociedad Vascongada de amigos del País*, cuya inolvidable é ilustrada asociacion debe tambien restaurarse; Museo en el que esté guardada nuestra honra artística; Museo que enseñe á sus hijos lo que el país ha sido; que diga á los que nos visiten que aquí tambien se sabe conceder al arte y á la civilizacion lo que es suyo.

Nuestro vecindario artístico, que busca modelos para las artes y para la ornamentacion trayendo á los talleres, incompletos, confusos y difíciles cuadernos extranjeros; nuestros artesanos que aprenden en la academia el trazado de los adernos, de los templos, de las ruinas y de los monumentos de otras naciones, deben encontrar en las galerías de ese Museo todo lo bueno que conservamos y admiramos en nuestros restos arqueológicos y mas allá de lo cual en concepcion y trazado no hemos ido todavía.

Sea este estudio que inspira al poeta y que enseña al historiador y al filósofo, arsenal verdadero, escuela propia donde las artes beban su inspiracion tambien. Hagamos estos trabajos agradables y útiles para que de ese modo satisfagan las exigencias que nuestro siglo impone á todo lo que contribuye á su movimiento civilizador, sean la belleza y la utilidad en armónico conjunto lgs goces que nos lleven insensiblemente al campo fecundo de la laboriosidad, único donde el espíritu se encuentra satisfecho.

Palencia 7 de Octubre de 1871.



